

AL FIN SALVADOS

LOS ONCE



Toda la población minera de Peñe se agolpa ante la bocamina de la «Mathilde» en el dramático momento en que el primero de los supervivientes hace su aparición en la superficie: Heinz Kull, de 51 años, padre de tres hijos, que llegó en un estado de extrema debilidad, en medio de la alegría de todos los presentes. El milagro se había hecho.

ULTIMOS DE LENGEDE

Las noticias han ido dándose minuto a minuto, para que los angustiados espectadores no ya de Alemania, sino del mundo entero, pudieran estar informados sobre el proceso de salvación de los once hombres aprisionados en la mina «Mathilde», de Peine, en Lengede. La agonia ha sido larga, aunque al final el éxito ha coronado los esfuerzos denodados de quienes luchaban en la superficie contra el tiempo y el temor de nuevos hundimientos. Cuando ya todos se resignaban a que no hubiera nuevos supervivientes —después de más de una semana, habiéndose salvado tres mineros—, la esperanza y la angustia renacieron. Unas débiles señales fueron captadas por los micrófonos, demostrando que aún vivían unos hombres, sin alimentos ni medicinas, aprisionados por toneladas de tierra, agazapados en una débil y milagrosa bolsa de aire.

La gigantesca perforadora utilizada para tratar de poner a salvo a los cautivos alcanzó la cámara de aire el jueves siete de noviembre, a las 6,40 de la mañana. El momento fue dramático, pues por un error de información el taladro apareció encima de las once cabezas. Las paredes de la caverna se estremecieron, pero resistieron sin hundirse. Los hombres gritaron y todos creyeron que se había producido una catástrofe. Más tarde, uno de los su- **SIGUE**



El Canciller Erhard llegó a Lengede para estar presente en los trabajos de salvamento, hablando por radio con los once hombres. Abajo, con infinitos cuidados, uno de los supervivientes es llevado a la ambulancia.



EL SALVAMENTO FUE "COMO TR



De izquierda a derecha, las cuatro fotografías ilustran

pervivientes declaró: «Al principio creímos que la perforadora había aplastado el techo. La radio quedó silenciosa y el polvo nos cegó, pero cuando éste se posó vimos que la perforadora había llegado hasta nosotros y que, gracias a Dios, todo había terminado bien».

Para la operación final del salvamento, era necesario que descendiera un hombre para ayudar a sus compañeros, debilitados por el largo encierro. Lo ha hecho Hans Joachim Habich, que la vez anterior se había negado por miedo. Lleno de vergüenza, desesperado por su acción, se presentó voluntario para bajar esta vez, rehabilitándose. Y el momento de mayor emoción comenzó. A las 13,23, el primero de los once mineros sepultados hacia catorce días apareció en la superficie, dentro de la plateada cápsula en forma de obús: se trataba de Heinz Kull, de cincuenta y un años y padre de tres hijos, elegido el primero por su extrema debilidad. Con escasos intervalos, uno tras otro, como fantasmas escapados de la muerte, pálidos, demacrados, cubiertos los ojos por grandes gafas negras para preservarles de la luz, fueron apareciendo los diez hombres restantes, reproduciéndose las escenas emotivas. Cuando apareció Adolf Herbst —joven electricista de veinte años que había bajado a la mina por primera vez el día de la catástrofe, para ganar más y adelantar su casamiento— gritó antes de subir a la ambulancia: «¡No volveré a bajar en mi vida! No hubiera sobrevivido si

ABAJAR CON UN BERBIQUI SOBRE UN HUEVO"



perfectamente el proceso de la salida a la superficie: de la cápsula a la camilla, bajo los empañados ojos familiares. Luego, el descanso en común en el hospital.

no hubiera tenido la seguridad de que vendrías en socorro nuestro».

Por su parte, Hans Joachim Habich, que fue el último en ascender, cuando todos sus compañeros estaban a salvo, se ha convertido en el héroe del poblado. Cuando le felicitaban, Hans negaba con la cabeza y decía: «No es nada, gracias. Tenía que hacerlo. Pero no puedo describir el horror y la desolación que hay allí abajo. No se puede decir con palabras. Cuando llegué, los muchachos estaban en un rincón, tratando de esquivar lo que se les venía encima. Se volvieron locos de alegría al verme. Luego se pusieron en fila y comenzaron a subir. Al final, me quedé sólo con los muertos, que pronto sacaremos. Algo impresionante».

«Fue como trabajar con un berbiquí sobre un huevo», declaró uno de los técnicos, resumiendo el peligro de hundimiento que habían corrido. Pero ahora, ya, los rescatados descansan juntos —así lo han querido ellos— en una sala del hospital de Salzgitter, donde estarán un par de semanas reponiendo su estado físico y moral. Después tomarán unas largas vacaciones en España o Italia. Ha habido suerte, en medio de todo, aunque en el fondo de la «Mathilde» reposan los cuerpos de los mineros muertos. Y en Omuta (Japón) una explosión de grisú acaba de causar 455 víctimas, cuando menos. La mina sigue cobrando su tributo sangriento.

(Reportaje *EUROPRESS*)

